

# ***EL COMPROMISO ECLESIAL DE LA EVANGELIZACIÓN CON ADOLESCENTES Y JÓVENES***

*Antonio Jiménez Ortiz*

*Sumario:* ¿Cómo plantear la evangelización de los jóvenes en una sociedad compleja, que vive en una profunda crisis de confianza frente a instituciones y líderes, y con una decadencia creciente de la experiencia religiosa, que sitúa a los jóvenes masivamente ante la tentación de la increencia? En la evangelización de adolescentes y jóvenes hoy habría que optar sobre todo por un acompañamiento decidido hacia la experiencia personal del Dios Trinitario, en el seno de la Iglesia, guiándolos en la oración personal, en el marco de una evangelización de la cultura y de una inculturación del evangelio. Sin olvidar que todo evangelizador para poder realizar su misión ha de estar evangelizado.

*Summary:* How to approach the evangelization of the young people in a complex society, which lives in a deep crisis of trust vis-à-vis institutions and leaders, and with an increasing decadence of the religious experience, that set the young persons massively before the temptation of unbelief? In the evangelization of adolescents and young people today, we should opt above all for a decisive accompaniment towards the personal experience of the Trinitarian God, in the bosom of the Church, guiding them in personal prayer; in the frame of an evangelization of the culture, and of an enculturation of the Gospel. Without ever forgetting that every evangelizer, in order to carry out his/her mission, must be himself/herself previously evangelized.

*Palabras clave:* Jóvenes, evangelización, increencia, acompañamiento, inculturación.

*Key words:* evangelization, unbelief, accompaniment, enculturation.

Fecha de recepción: 2 diciembre de 2011

Fecha de aceptación y versión final: 29 marzo de 2012

## **1. Contexto social y escenario politeísta**

### *1.1 En una sociedad compleja*

Secularización y libertad religiosa, pluralismo y tolerancia, individualismo y solidaridad, filosofía de mercado y política social, ambiente empirista y tendencias espiritualistas, participación democrática y poderes anónimos, ciencia y esoterismo, violencia y movimientos pacifistas, sensibilidad ecológica y contaminación ambiental, política y corrupción... son algunos de los binomios que describen la complejidad de la sociedad española.

Se han desvanecido los sistemas de referencias globales de carácter ideológico y religioso que nos han orientado en las últimas décadas: sólo quedan subsistemas o fragmentos de ideologías que no tienen la capacidad para abrir un camino en la jungla de la sociedad contemporánea. El pluralismo ideológico se hace inabarcable y reina la confusión: son muchas y muy dispares las jerarquías de valores en circulación.

Adultos y jóvenes están obsesionados por la inseguridad y por la vulnerabilidad de las relaciones afectivas y sociales. Así se puede entender esa búsqueda continua de espacios privados, y el tribalismo de muchos jóvenes necesitados de apoyos emocionales y de grupos cerrados. En una atmósfera de relativismo las personas tienden a construirse un universo simbólico a partir de las diversas ofertas de todo tipo que se dan en la sociedad, guiadas por el inmediatez, el hedonismo, el afán de vivencias y sensaciones, y también por la búsqueda de fundamento y sentido.

Ya no se cree en las tradiciones heredadas, en las grandes palabras o en las utopías políticas y religiosas. Se confía en el amigo, en la familia, en el entorno cercano, mientras se toma distancia de las instituciones sociales y se rechazan las iglesias. Se siente la necesidad de sentido, de orientación, de luz en un mundo complejo y conflictivo, pero resulta difícil fiarse de alguien en una sociedad en la que parecen escasear las certezas absolutas.

### *1.2 Crisis de confianza frente a instituciones y líderes*

Quizás se está desistiendo hoy de la búsqueda de la verdad, porque posiblemente se ha perdido la capacidad de confiar. Lo verdadero es lo fiable: la cuestión fundamental de la verdad es la cuestión sobre aquello de lo que uno se puede fiar. ¿De quién nos fiamos, contemplando la caída de tantos dioses, y el desplome de muchos ídolos humanos con sus pies y corazón de barro? No solo deambulamos a tientas por la jungla de una complejidad inabarcable. No solo sentimos incertidumbre y soledad. Lo peor es que ya no nos fiamos.

El escenario de lo público parece poblado de farsantes. Se tiene la impresión de que no pocos políticos actúan, juegan a representar autenticidad y credibilidad. Se escenifican conflictos, se envían mensajes para captar la atención y conseguir más cuota de pantalla en la sociedad de la comunicación. Y resulta difícil comprobar que se trabaje seriamente en estrategias para solucionar los problemas. Asistimos a una teatralización de la política. Nos quieren seducir, y tenemos la sospecha inquietante de ser continuamente manipulados. Y los medios de comunicación no se interesan objetivamente por la realidad, por lo que acontece. Nos informan de lo que otros consideran importante, de lo que otros (gobiernos, multinacionales, grupos de presión...) observan y perciben. Se tiene la incómoda sensación de que los políticos administran bajo el poder y la tutela de las multinacionales y de los grupos de presión, todos ellos amparados en la invisibilidad propiciada por la complejidad de la realidad social, política y económica.

La economía globalizada no es posible sin credibilidad, sin fe, sin confianza. Y los agentes económicos están viendo cómo el tinglado se está viniendo abajo por los continuos engaños, por las prácticas fraudulentas, por los sorprendentes milagros de la ingeniería contable, que han generado una profunda crisis de confianza en el sistema financiero internacional.

Y frente a las instituciones se tiene la misma inquietante sensación: no son de fiar. Basta con pensar en la ambigüedad e impotencia de la ONU, en la arbitrariedad del Fondo Monetario Internacional, en las frustraciones generadas por la falta de compromiso de las grandes potencias en las diversas Cumbres de la Tierra o en la desconfianza sobre la capacidad de la Unión Europea para hacer frente a la actual crisis económica.

Los obispos europeos en su X Simposio sobre el tema: “Jóvenes de Europa en el cambio. Laboratorio de la fe” (Roma, 24-28 de abril de 2002), afirmaban en el comunicado final: “Desgraciadamente, sucede que muchos jóvenes sienten a la Iglesia, lugar natural para el encuentro con Cristo, como lejana, extraña, poco creíble e incapaz de hablar al hombre de nuestro tiempo”.

Credibilidad es lo que se exige a unos y a otros. No es verdad que la política, la economía, las instituciones estén manejadas de forma sistemática por líderes o ejecutivos perversos que tienen solo siniestras intenciones. Hay mucha gente honesta y sincera en el mundo de la política, de la economía, y en las instituciones religiosas. Lo que flota en el ambiente es la sensación generalizada de estar siendo engañados, de estar pisando terreno pantanoso. Se ha perdido la inocencia y ya cuesta fiarse de alguien.

### *1.3 El declive social de lo religioso*

En Europa no estamos ante el fin de las religiones históricas ni de sus instituciones. La hipótesis del fin de la religión, articulada en ambientes secularistas hace unos cincuenta años, no se ha verificado. Pero sí hemos de aceptar el declive de su influjo social y cultural. En la sociedad española, tras la desaparición del régimen de cristiandad, ya no rige un sentido global de matriz religiosa ni se le permite a las instituciones religiosas tutelar la ordenación de la vida pública. La experiencia religiosa tiende a recluirse en el ámbito de lo privado, de lo legible y opinable. Ya no es el vínculo fundamental de la vida social. Y su pretensión de proporcionar al individuo un orden objetivo, global e integrador choca con escollos insalvables.

La oferta religiosa hoy se confronta con la conciencia del sujeto que se siente totalmente libre para seleccionar lo que le interesa de la religión, guiado por los principios de la eficacia y del pragmatismo: “Esto me sirve, esto no me sirve”. En esta elección no se acepta nada como incondicional y se niega por principio validez absoluta a lo elegido. Así la religiosidad individual se aleja del modelo dogmático tradicional.

Proliferan los sincretismos religiosos, que disuelven de esta forma la coherencia doctrinal de las ofertas de las iglesias. Estos sincretismos pueden englobar también

elementos científicos o convicciones esotéricas en colisión con la doctrina religiosa de pertenencia. Hay una decidida disociación entre la fe religiosa subjetiva y los dogmas normativos, entre la convicción religiosa del individuo y su práctica eclesial<sup>1</sup>.

Tras la secularización los individuos se mueven con agilidad en un escenario politeísta, como buffet libre donde satisfacer su hambre y sus caprichos. No se sienten definitivamente vinculados a su selección de menú. No hay compromiso de fidelidad. Decide en cada momento la necesidad y el gusto del libre consumidor.

## 2. Adolescentes y jóvenes ante el riesgo de la increencia

Desde el punto de vista ideológico y religioso la familia ha dejado de desempeñar el papel de otros tiempos. Sobre temas políticos y religiosos ya no se discute. Hay como un pacto de no agresión en estos temas, porque en realidad esas cuestiones se han desplazado a la periferia de las preocupaciones e intereses de padres e hijos, quizás también porque hay más conciencia de lo que significan el respeto, la tolerancia, la libertad de opinión. Pero también porque se da en los padres una actitud de dejación frente a sus deberes educativos, motivada por la impotencia ante la complejidad de las situaciones y la cantidad de desafíos que sobrepasan sus capacidades, por el cansancio, por el deseo de tener, al menos, un rincón de paz donde poder respirar y descansar de las tensiones y conflictos de la vida cotidiana.

Hasta hace relativamente poco la educación en el plano de los valores se basaba en “procesos postfigurativos”: los padres enseñaban a sus hijos, lo que ellos habían aprendido de los abuelos. La sociedad actual, sin embargo, está imponiendo “procesos configurativos”: las nuevas generaciones asimilan los valores a través de amigos y compañeros, por medio de la TV, radio, música, internet, bajo el influjo de corrientes y modas efímeras. Así la familia ha dejado de ser un agente de socialización religiosa: los niños crecen, en la mayoría de las familias, sin la experiencia del valor religioso como referencia existencial<sup>2</sup>.

No cabe duda de que la profunda crisis económica y social que estamos padeciendo tendrá consecuencias relevantes sobre la condición juvenil. Pero los jóvenes en este siglo XXI siguen marcados por el realismo, el pragmatismo y el utilitarismo del contexto moderno - posmoderno. No creen en las utopías y no se fían de ningún tipo de revolución. Necesitan menos el apoyo de unas creencias y abandonan con facilidad los ámbitos de trascendencia políticos y religiosos. No se entusiasman frecuentemente. Confían en sus amigos, se sienten a gusto en sus familias.

En su vida prima la atomización, la simultaneidad, la superficialidad. Se han instalado en la cotidianidad. No tienen grandes convicciones. Son permisivos, tolerantes, relativistas. Les gusta jugar con múltiples opciones y saben reconciliar identidades contradictorias. Se sienten libres, consumistas, generosos, auténticos. No aceptan la

---

<sup>1</sup> Cf. Y. RUANO DE LA FUENTE, *Modernidad y secularización. El nuevo rostro de lo religioso*, en A. PÉREZ AGOTE - J. SANTIAGO (ed.), *Religión y política en la sociedad actual*, UCM – CIS, Madrid 2008, 39-40. 44.

<sup>2</sup> Cf. A. JIMÉNEZ ORTIZ, *Increencia y jóvenes: datos y posibles raíces*, “Misión Joven” n. 363 (2007) 9-10.

injusticia y quieren ser solidarios. Apuestan por fines nobles, pero les falta el ejercicio de la disciplina. Han crecido sin que les hayan hablado del concepto de límite. El límite no es plausible para ellos.

La pregunta religiosa no aparece normalmente en su horizonte vital. En una lista de cosas importantes en su vida colocarán a la familia en los primeros lugares y a la religión y a la política en los últimos. Su refugio es la diversión y su paraíso la noche.

Hace años hacía unas reflexiones sobre el carácter complejo de la indiferencia religiosa, que hoy me atrevería a aplicar a la increencia juvenil en general<sup>3</sup>.

Los datos de los últimos años describen a una “minoría cualificada agnóstica y atea” muy coherente con su postura, y con una conciencia clara de los interrogantes fundamentales de la existencia y de la necesidad de un compromiso humanista. Pero las contradicciones e incongruencias, que desde el punto de vista teórico podemos comprobar en el ambiente de la increencia juvenil, nos pueden desvelar la ambigüedad y la confusión de la experiencia “no creyente” de bastantes adolescentes y jóvenes perdidos en una sociedad compleja y laica.

Es posible que su increencia, salvo en esa minoría que hemos señalado, sea la conclusión existencial de una profunda perplejidad en la que los valores de la esfera religiosa están velados, mutilados, negados o solapados por intereses cotidianos. Estos intereses son de por sí capaces de orientar la inteligencia y, sobre todo, la voluntad de los jóvenes en una actitud de satisfacción vital y de ausencia de interrogantes. Esa actitud se caracteriza, desde el punto de vista subjetivo, por la carencia de inquietud religiosa y, objetivamente, por la afirmación de la irrelevancia de Dios y de la dimensión religiosa en el plano axiológico. Se trata, por tanto, de un desinterés por lo religioso en el plano intelectual y de un desafecto a nivel de la voluntad, cuya etiología es compleja e incluso confusa. En el fondo supone un juicio implícito o práctico sobre la falta de significatividad de la religión, compatible en la vida cotidiana con restos de experiencias religiosas o con fragmentos de verdades cristianas.

Creo que en su mayoría estos jóvenes no creyentes se hallan perdidos en la superficie de la realidad. Viven en la despreocupación frente a lo religioso, adolecen, sin nostalgias turbadoras, de insensibilidad ante ciertos valores, ante experiencias de sentido y de totalidad. En el fondo no se pronuncian existencialmente ni a favor ni en contra de Dios. Le niegan a la cuestión religiosa toda consistencia, pero de una forma poco refleja y nada crítica. Lo decisivo en sus vidas es la realidad inmediata, el placer, la diversión, los objetivos profesionales, el poder, la felicidad como sueño, el éxito, el dinero, el consumo, el vivir cada día sin horizonte trascendente.

No se puede hablar de una generalizada irreligiosidad de los jóvenes, pues en su mayoría (sobre un 55%) se declaran creyentes. Pero se detectan entre los que se autodenominan católicos graves deficiencias en la coherencia interna de sus contenidos

---

<sup>3</sup> Cf. A. JIMÉNEZ ORTIZ, *Por los caminos de la increencia. La fe en diálogo*, Ed. CCS, Madrid 1993, 105-106.

doctrinales y en su vinculación eclesial. Sería un milagro que los jóvenes presentaran coherencia doctrinal en su experiencia cristiana por la fragilidad de la socialización religiosa en la familia, por las dificultades y carencias de las clases de religión y grupos de catequesis, por el influjo decisivo del relativismo posmoderno, y por la presión sobre la Iglesia, a la que se quiere empujar hacia la irrelevancia social.

Y podemos decir sin miedo a equivocarnos que el destino de la fe de los jóvenes españoles está vinculado esencial y definitivamente al destino de la Iglesia, mientras se comprueba el divorcio entre las demandas más o menos explícitas de los jóvenes y la oferta que hace la Iglesia. En la configuración de su experiencia religiosa bastantes jóvenes parecen prescindir o están al margen de las iniciativas e intervenciones educativas de la Iglesia. Esta ha visto disminuir aceleradamente su papel como instancia orientadora.

¿Cómo seguir evangelizando en este contexto tan complejo?

### **3. La evangelización como anuncio de la salvación de Dios en Jesucristo**

Podemos considerar la evangelización como una mediación del Misterio de Dios. No se trata de una simple mediación de valores como, por ejemplo, la educación, aunque tenga algunos elementos comunes. En la evangelización se propone un Misterio trascendente, que se hace presente en la vida, muerte y resurrección de Jesús, y que se desvela por gracia en la acción del Espíritu. Por tanto evangelizar no es meramente el anuncio de un contenido doctrinal. La evangelización implica el Misterio del Dios Trinitario y el misterio del hombre, Iglesia y contenido de fe, Palabra de Dios y lenguaje humano, adoración y compromiso, celebración y sacramento, oración y coherencia, personalización y comunidad, novedad e historia, realismo y esperanza, experiencia y trascendencia, capacidad pedagógica y sentido de la oportunidad, escucha y comunicación, compasión y misericordia, sentido humano y salvación de Dios.

“Éste es el inicio del evangelio, la buena noticia de Jesús, el Cristo, el Hijo de Dios” (Mc 1,1). Marcos el evangelista lo tiene claro: sin historia de Jesús no hay evangelio. Sin fe la historia no se hace evangelio. La persona y la historia de Jesús el Cristo, desde la experiencia creyente de la resurrección, es el contenido nuclear de la evangelización, porque Dios es el centro de su ser, el centro de su vida y de su mensaje, el corazón de su corazón. Por eso podemos confesar que en Él, en Jesús el Cristo, el Hijo de Dios, encontramos la salvación, que presente ya misteriosamente en el tiempo espera todavía su plenitud escatológica. Jesús, todo de Dios y todo nuestro, introduce en lo profundo de nuestra historia de sufrimiento y de esperanza la levadura del Reino de Dios, Dios mismo, misericordia infinita y salvación integral del ser humano.

“El término *evangelización* tiene un significado muy rico. En sentido amplio, resume la entera misión de la Iglesia: en efecto, toda su vida consiste en realizar (...) el anuncio y la transmisión del Evangelio, que es ‘potencia de Dios para la salvación de todo el que cree’ (Rm 1, 16) y que en última esencia se identifica con Jesucristo (cfr. I

Cor 1, 24). (...) En todo caso, *evangelizar* significa no sólo enseñar una doctrina, sino anunciar al Señor Jesús con palabras y acciones, es decir, hacerse instrumento de su presencia y acción en el mundo”<sup>4</sup>.

Pero ¿qué es la salvación? Resulta hoy difícil manejar ciertos conceptos tradicionales de la fe, cargados por siglos de historia de connotaciones ambiguas y negativas, privados de experiencias actuales de referencia que faciliten su comprensión, arrinconados en la conciencia social por ignorancia, por falta de credibilidad, por opacidad significativa, por analfabetismo simbólico.

La salvación cristiana aparece así como una oferta alienante, que cae de lo alto como algo espiritualista y ultraterreno, intimista e individualista, en competencia con propuestas antropológicas, sociales o políticas de emancipación histórica, y confinada al final de la historia como un desafío a la inconsistencia de los proyectos de liberación humana. Esta imagen de la salvación cristiana no tiene ningún eco ni siquiera en la conciencia de la mayoría de los católicos.

En la Escritura se habla de la salvación como vida, justicia, amor, paz, perdón, liberación. Por la vida, muerte y resurrección de Jesús la salvación se experimenta “ya” en la historia, pero “todavía no” en su plenitud definitiva. Es don de Dios, pero también exige la responsabilidad del hombre, es respuesta integral a sus anhelos más profundos, a su búsqueda constante de sentido, de luz, de vida, de felicidad, de amor, de ternura, de comunión en la realidad de su ser encarnado.

La salvación es el futuro y la esperanza de este universo como creación, y de esta historia como tarea inacabada del hombre. Pero es en esta historia donde acontece la mediación definitiva de la salvación en Jesús, el Señor resucitado, y es en ella donde Dios hace surgir de la responsabilidad y compromiso de hombres y mujeres, guiados y sostenidos por su Espíritu, signos de la salvación definitiva y escatológica en la búsqueda y en el esfuerzo humano en favor de la vida, de la justicia, de la libertad, de la paz.

La salvación significa liberación de cadenas y esclavitudes, liberación del pecado, de la maldad, del absurdo, liberación de legalismos, miedos, egoísmos, liberación de la caducidad, de la fragilidad, del sufrimiento, de la angustia, de la muerte.

La salvación cristiana no es fruto de la historia, pero ya está en ella, transformándola misteriosamente, porque la salvación, en realidad, es Dios mismo: Dios presente en todo corazón que busca la verdad, que intenta hacer el bien, que anhela la eternidad de la felicidad y del gozo. Solo más allá de la muerte descubriremos la plenitud de la salvación en el encuentro definitivo con el Misterio luminoso y misericordioso de Dios, en los cielos nuevos y tierra nueva, como final del proceso de liberación que genera la fe cristiana.

---

<sup>4</sup> CONGREGACIÓN PARA LA DOCTRINA DE LA FE, *Nota doctrinal sobre algunos aspectos de la evangelización*, 03.12.2007, n. 2.

#### 4. Claves pastorales para la evangelización de adolescentes y jóvenes

##### 4.1 *La experiencia personal del Dios Trinitario*

Hay que descubrir el papel determinante de la afectividad en la experiencia de fe, sabiendo al mismo tiempo purificarla de emociones y sentimientos ambiguos que parecen pulular en el ambiente religioso juvenil. José Antonio Marina ha organizado la multiplicidad de experiencias afectivas en tres niveles: el nivel impulsivo de los deseos, necesidades, tendencias y móviles; el nivel sentimental, al que pertenecen los sentimientos como balance consciente de la situación del individuo de cara a la realidad, y el nivel de los apegos, en el que se dan las relaciones psicológicas que enlazan a un sujeto con otra persona, o con alguna experiencia determinante para su vida<sup>5</sup>. Propondría el mismo esquema con pequeñas matizaciones con la sola intención de clarificar lo que pretendo decir. Así hablaría del *nivel de los impulsos*, en cuyo ámbito destaca la presencia del deseo, del *nivel de las emociones*, en el que bullen los sentimientos, y por último del *nivel de las vinculaciones afectivas*, donde se juega el futuro de las relaciones personales decisivas y también la experiencia religiosa de Dios.

Posiblemente en el mundo juvenil la experiencia de la fe está enraizada en su mayoría en el nivel de las emociones, ahí donde borrascas de sentimientos deciden de un día para otro sobre la lábil consistencia de un compromiso. Nuestro desafío en la evangelización, en el acompañamiento personal consiste en ayudar al joven para que vaya anclando la experiencia de Dios, como amor y ternura infinita, en el nivel de las vinculaciones afectivas. El proceso no es sencillo. En este momento solo quiero apuntar a la necesidad de una voluntad resuelta, es decir, a la imprescindible presencia de la virtud de la fortaleza.

En palabras de José Antonio Marina el primer criterio de la vida sentimental es: el ser humano necesita vivir sentimentalmente, pero necesita vivir por encima de los sentimientos. En otras palabras: no basta con los valores sentidos, hay que vivir de acuerdo con los valores pensados<sup>6</sup>. Es decir, si lo he comprendido bien: no podemos vivir perdidos en la jungla de los deseos, en el laberinto de las emociones. La inteligencia ha de ser puesta al servicio de la afectividad, sobre la base de una voluntad consistente. Porque habrá que decidir continuamente entre lo que deseo y lo que quiero. Y como no coincidirán muchas veces, resulta imprescindible emprender el duro camino de la virtud de la fortaleza, que pueda sostener nuestra voluntad allí donde el deseo o los deseos se quieran imponer a lo que la inteligencia emocional, nuestro Yo pueda vislumbrar como un valor digno de ser vivido en una vinculación afectiva definitiva.

La voluntad es el gran ausente en este momento: ausente en la educación familiar, en el ambiente escolar, en el ámbito religioso, en la febril atmósfera del tiempo libre y de la diversión juvenil. “Conviene edificar de nuevo la demolida fábrica de la

<sup>5</sup> Cf. J. A. MARINA, *La inteligencia fracasada. Teoría y práctica de la estupidez*, Anagrama, Barcelona 2004, 55-57.

<sup>6</sup> Cf. J. A. MARINA, *El laberinto sentimental*, Anagrama, Barcelona 2<sup>a</sup>1996, 234. 236.

voluntad, para explicar así *mejor* el comportamiento humano, comprender *mejor* nuestra situación en el mundo, diseñar *mejor* la que deseáramos tener, y encauzar *mejor* los sistemas educativos<sup>7</sup>. Y añadiría: para estructurar mejor la educación de la fe y, sobre todo, para consolidar mejor la opción religiosa y la fidelidad a la experiencia creyente.

Cuando hablamos de la experiencia cristiana de Dios no estamos tratando de la experiencia de una trascendencia anónima o de un absoluto sin rostro. Es el Dios que se revela en la historia de un pueblo, Israel, a través de múltiples experiencias de revelación a lo largo de los siglos. Y los cristianos confesamos que en Jesucristo se nos revela definitivamente Dios.

Para vivir de esta convicción, como columna vertebral de la personalidad, la experiencia de Dios ha de hacerse experiencia fundante de la persona. Hay experiencias humanas de tal intensidad que se pueden convertir en experiencias fundantes: por ej., una experiencia de carácter humanista (la lucha por la justicia o por la paz) que da solidez definitiva a una persona y a su compromiso en la vida, o una experiencia estética (la poesía, la pintura...) que supone tal apasionamiento en el individuo que estructura su interioridad y da sentido a su existencia.

En nuestro caso pienso que la experiencia fundante debe ser de carácter religioso. Es la única que tiene la pretensión de dar un sentido global no sólo al individuo como tal, sino a todo lo que le rodea: personas, mundo, historia, universo, pasado, presente, futuro. La experiencia fundante religiosa es, en nuestro caso, la experiencia de Dios como amor incondicional, revelado en Jesús el Señor por la fuerza del Espíritu.

Como dice Javier Garrido, la experiencia fundante de la fe es el quicio de la existencia. Por eso no se tiene fe. Se es desde la fe. Ella se convierte en fuente originaria de sentido, fundamenta la persona, ilumina su ser y su mundo, desata definitivamente su libertad y le da una esperanza que va más allá de los límites de su finitud. La experiencia fundante es formalmente teologal: tiene lugar en el encuentro entre Dios y el hombre. Dios toma la iniciativa y ofrece el amor fundante, que hace de la vida una gracia y conduce al hombre a la entrega confiada y absoluta en las manos de Dios<sup>8</sup>.

En el seno de la Iglesia, a lo largo de los siglos, a través de la Palabra de Dios y de los sacramentos, por medio de la transmisión de la fe, con el testimonio vivo de los cristianos coherentes, tiene lugar, con los condicionamientos culturales y sociales propios de cada época, la experiencia de Dios, que nos revela su rostro y el sentido de su Misterio de amor en el rostro de Jesús crucificado y resucitado. El Espíritu Santo guía y sostiene el corazón del que busca, consciente o inconscientemente, ese encuentro con el Misterio de Dios. El Espíritu es la brújula que nos orienta y la luz que nos ilumina el camino hacia esa experiencia del Dios de Jesucristo.

---

<sup>7</sup> J. A. MARINA, *El misterio de la voluntad perdida*, Anagrama, Barcelona <sup>4</sup>1998, 154.

<sup>8</sup> Cf. J. GARRIDO, *Proceso humano y Gracia de Dios. Apuntes de espiritualidad cristiana*, Sal Terrae, Santander 1996, 284-285.

Dicho con otras palabras: la experiencia cristiana es la experiencia de un encuentro con Dios, que no es simple consecuencia de mi búsqueda y de mi esfuerzo, sino el descubrimiento iluminador de Alguien, que desde siempre me amó, que ya me había encontrado antes de que yo me hubiera decidido a buscarlo. Se trata de una experiencia personal con una esencial dimensión comunitaria, eclesial.

#### *4.2 La necesidad de la Iglesia como mediadora de la salvación*

No resulta fácil en estos tiempos hablar de la Iglesia. Se dan con frecuencia actitudes de rechazo frente a la Iglesia y se escuchan duras críticas sobre algunos aspectos de su realidad histórica o de su doctrina. Así se cuestiona la necesidad de someterse a una tradición o a un magisterio obligatorio, o se tiene la sospecha de que la Iglesia es una simple estructura de poder o una organización burocrática, que manipularía sistemáticamente a las personas.

Hay que reconocer que en la historia del cristianismo ha habido escándalos, errores, injusticias, pero nadie puede cerrar los ojos ante la grandeza de muchos cristianos (de algunos conocemos sus nombres, de otros no) que han sido auténticos testigos del amor de Jesús entre los hombres de su época. Y estos cristianos, nobles y comprometidos, han vivido dentro de la Iglesia y en su nombre han hecho el bien a la humanidad.

Sin la Iglesia no sería posible la experiencia vital de la fe, como entrega absoluta a Dios Padre, revelado en Jesucristo, por la fuerza del Espíritu. La salvación de Dios ha llegado a nosotros por la mediación de la Iglesia. Ella es para el cristiano la madre de la fe, porque ella es la portadora de la revelación cristiana y el último sujeto de la fe. De ella la recibimos. Por eso, la experiencia de la fe, como decisión personal y libre, solo es posible por la Iglesia y en la Iglesia, como la comunidad de creyentes, que a través de la historia como tradición viva, ha mantenido la fidelidad a la experiencia original y normativa de la vida, muerte y resurrección de Jesús.

La Iglesia es un “misterio de comunión”, y no simplemente una organización con un fin determinado, no es sólo una asociación útil de creyentes: la Iglesia pertenece esencialmente a la fe cristiana. Es parte necesaria de nuestro ser cristiano, porque la fe cristiana se vive y se realiza en la comunidad de los creyentes en Jesús, bajo la acción del Espíritu de Dios. Sólo en la comunidad puede desarrollarse la fe personal del cristiano. En la Iglesia nosotros descubrimos a Jesús, en ella intentamos seguir sus huellas, porque estamos convencidos de su presencia como Señor Resucitado, de la presencia de su Espíritu que alienta y fortalece nuestra fe, ya que la esencia de la Iglesia viene determinada por el misterio del Dios uno y trino: es el pueblo de Dios Padre (*Lumen Gentium* 2), cuerpo místico de Cristo (*Lumen Gentium* 3) y templo del Espíritu Santo (*Lumen Gentium* 4). Esta esencia está encarnada en la realidad del mundo y de la historia, como dimensión necesaria de su realidad sacramental.

La Iglesia en nuestra sociedad y, en especial, entre los jóvenes ha de ser testigo fiel y creíble de Dios y de su experiencia. Como la vida humana no es viable sino en el

seno de una comunidad que transmite sus creencias, sus valores, sus símbolos, sus instituciones y tradiciones por medio de la vida y del lenguaje, así la fe tiene necesidad de la comunidad de los creyentes. Una experiencia cristiana viva no es posible sin la Palabra de Dios, anunciada y meditada en el seno de la Iglesia, sin las instituciones eclesiales que hacen presente el carisma original, sin la celebración de los sacramentos, especialmente de la reconciliación y de la eucaristía, sin la reflexión moral en cada momento histórico, sin la realidad de una fraternidad limitada y a veces conflictiva, pero imprescindible como signo de autenticidad y de credibilidad.

El núcleo de la experiencia cristiana es el encuentro con el Misterio de Dios, revelado en Jesús el Señor, guiado, sostenido, iluminado por la fuerza del Espíritu Santo. Ese encuentro supone el inicio de un largo camino de conversión personal, que transforma la interioridad del joven y lo lleva a plantearse su vida con coherencia, a vivir según un estilo concreto: se siente hijo del Padre, vive en su presencia, intenta actuar según su voluntad. Y esto se convierte en una gozosa realidad que va creciendo cuando la relación con el Misterio de Dios está sustentada por una confianza filial, llena de afecto, una confianza que abarca a toda la persona, que significa también entrega serena en el designio del amor de Dios. Vivir de la bondad infinita del Padre, imitar esa bondad incondicional en la fragilidad y debilidad, con los condicionamientos de todo momento histórico en el seguimiento concreto de Jesús es nuestra gran tarea como cristianos.

La fe se funda en una opción libre que ha descubierto, experimentado la ternura de Dios. Implica una actitud inteligente, libre, dócil, de abandono en la misericordia de Dios, ofrecimiento de la propia persona y de su historia, afectividad centrada en él como valor supremo de la existencia, asentimiento a su Palabra y obediencia a su voluntad. El proceso interior se desarrolla desde la libertad, bajo el influjo de la gracia del Espíritu, haciendo que la afectividad y la inteligencia, iluminadas por el Misterio, se abran a la realidad del amor en la vida concreta, intentando ser un reflejo eficaz y transformante de la bondad de Dios.

Desde el seno de la comunidad eclesial, el joven debe ir viviendo la fidelidad a la Palabra de Dios, el reconocimiento de las mediaciones históricas, la actitud de conversión, la disponibilidad, la apertura a la realidad, la celebración litúrgica del Misterio, la oración personal y comunitaria, el testimonio fiel.

En el camino interior de esta experiencia teologal van surgiendo preguntas, dudas, dificultades, oscuridad: el corazón humano se resiste a entregarse definitivamente y a nuestra inteligencia le cuesta abrirse al Misterio. La certeza de la fe se funda en el compromiso de Dios con nosotros, con la historia, con la búsqueda de salvación del ser humano. La verdad de Dios, que es lo mismo que decir su amor, su misericordia, su gracia, son el fundamento de nuestra fe y la roca firme que nos sostiene ante la fragilidad de nuestra opción, ante los límites de nuestra inteligencia, en la debilidad de nuestra voluntad, en las experiencias del sufrimiento y de la muerte que golpean nuestra sensibilidad y oscurecen nuestro horizonte humano y creyente.

La comunidad no evita al joven cristiano la soledad, la experiencia de sus límites y de la precariedad de sus proyectos humanos, el esfuerzo constante por lograr la comunión a pesar de los fracasos en la fraternidad, no le ahorra la prueba del cansancio. Pero la comunidad sostiene al joven para vivir con misericordia, para que sepa comprender y apoyar a otros, para que siga luchando contra el poder de la muerte y de sus manifestaciones (cf. 1 Cor 15, 26), resistiendo a toda clase de ídolos, huyendo del fatalismo y también de las pretensiones autosuficientes.

#### *4.3 Acompañar a adolescentes y jóvenes hacia la oración personal*

La fe es confianza, entrega en las manos de un Misterio que me sale al paso en Jesús el Señor. En un encuentro personal, guiado y sostenido por el Espíritu de Dios, el creyente se abre a una presencia que no se deja controlar ni manipular por los sentidos. Encuentra su fundamento último en Alguien que le ama desde siempre. En él se ancla radical y existencialmente. Esta experiencia nos conduce a la luz, nos hace más auténticos, da densidad a nuestra libertad y profundidad a la realidad de la vida.

Y este proceso, que va transformando nuestra interioridad y nuestra existencia cotidiana, no es posible sin la oración. En esta se realiza el dinamismo último de la fe. En cualquier circunstancia, en el éxito o en el fracaso, con palabras o sin ellas, en el silencio del dolor o en el silencio de la contemplación del Misterio, tiene lugar en la oración ese encuentro personal con Dios anhelado por el creyente.

Los adolescentes y jóvenes cristianos de hoy participan con gusto en celebraciones comunitarias, si están configuradas con símbolos y elementos estéticos, que favorezcan las emociones religiosas, la vivencia de sentimientos de comunión psicológica, la sensación de sentirse apoyados, sostenidos, acogidos. Pero sin la experiencia personal de la oración esas celebraciones pedagógicamente cuelgan en el vacío. Si no hay oración personal, la oración comunitaria, las celebraciones litúrgicas tendrán una apoyatura muy frágil e inconsistente en la estructura humana y religiosa del joven.

Con su sencillez desconcertante y profunda, Teresa de Jesús describe así la oración: "(...) que no es otra cosa oración mental, a mi parecer, sino tratar de amistad, estando muchas veces tratando a solas con quien sabemos nos ama"<sup>9</sup>. La oración se vincula con el amor. Y así está al alcance de todos: "Mas hase de entender que no todas las imaginaciones son hábiles de su natural para esto, mas todas las almas lo son para amar"<sup>10</sup>.

Si la oración es una concreción del amor y de la amistad urge continuamente a buscar tiempos de oración y, al mismo tiempo, los relativiza. Los urge porque el amor y la amistad no son posibles sin momentos específicos de encuentro, y al mismo tiempo

<sup>9</sup> TERESA DE JESÚS, *Libro de la Vida*, 8, 5, en *Obras completas* (Edición, introducción y notas de P. ISIDORO DE SAN JOSÉ), Ed. de Espiritualidad, Madrid 1963, 56.

<sup>10</sup> TERESA DE JESÚS, *Libro de las Fundaciones*, 5, 2, en *ibid.*, 912-913.

los relativiza porque la oración entendida de esta forma se abre a la vida, que se convierte entonces en el espacio para la experiencia de esta amistad: lo decisivo de la oración es la relación entre los protagonistas de esta historia que se inserta en las coordenadas del espacio y del tiempo.

Pero se trata de una amistad teologal, de una relación con el Misterio de Dios. Esto es evidente, pero se olvida con frecuencia que no se le puede exigir necesaria ni principalmente las consecuencias psicológicas de una amistad humana. El encuentro con Dios tiene unas raíces más profundas y desata otras dinámicas y exigencias, que pasan por los mecanismos de la psicología humana, pero que no se identifican con ella.

Si la oración personal del joven se queda en el qué se trata y no con el quién se trata, se banaliza. Es la relación personal con el Tú el que decide sobre el sentido, el valor, la calidad de la oración personal. Por eso resulta difícil orar si no hay conciencia de la propia interioridad, si no se abre un espacio de intimidad a Dios, si no se sabe aguantar en la soledad frente al Misterio. Y, por otro lado, hay que advertir que no se debe interpretar el amor que sostiene la oración en un sentido meramente emotivo o sentimental.

En la oración hay desvelamiento, se abren los ojos sobre la realidad de Dios y sobre el misterio del propio corazón. Esto garantiza la autenticidad de la oración. Pero lo decisivo es la experiencia del amor de Dios: es el elemento esencial y configurante de la oración cristiana.

El sentirse amado por Dios es la entraña misma de ese encuentro personal, que tiene lugar en la vida cotidiana con su complejidad y ambivalencia y que la transforma si el joven, en su libertad, se deja guiar por el Espíritu. En la oración se experimenta el amor de Dios como fuerza y como luz que integra e ilumina la interioridad afectiva desde su raíz, y que debe llevar al joven a un amor oblativo en medio de sus condicionamientos y fragilidades.

Por eso, el criterio decisivo de la calidad de la oración se da en la vida, en la vida hecha servicio, proyecto de futuro según la voluntad de Dios, discernida en la oración.

## **5. La tarea permanente de la evangelización de la cultura**

Jóvenes y adolescentes viven, a pesar de la crisis actual, en una sociedad con un alto nivel de bienestar, y en ella se enfrentan a la confusión ambiental que genera el pluralismo ideológico con múltiples y dispares escalas de valores. La socialización religiosa se hace difícil, casi imposible. Para la historia de la fe no es un problema nuevo. El cristianismo primitivo se encontró ante un desafío parecido.

Los escritores cristianos de los primeros siglos, confrontados con un mundo cultural y religiosamente muy distante de la experiencia cristiana, se dieron cuenta de

la importancia de una *praeparatio evangelii*, que pudiera abrir el corazón a la aceptación de la fe. Pienso que nosotros, en una situación parecida, con los medios sociales y culturales más apropiados, debemos insistir ante nuestros contemporáneos en un conjunto de ideas básicas sin las que el anuncio del mensaje evangélico tendría pocas posibilidades: la apertura radical del hombre a la trascendencia; la distinción entre lo racional, lo irracional y lo razonable; la capacidad de creer como estructura humana imprescindible para la existencia y el encuentro interpersonal; la necesidad de vivir con sentido; la posibilidad de alcanzar verdades y certezas vitales; la posibilidad de discernir entre el bien y el mal, entre lo justo y lo injusto...

La evangelización como anuncio de la salvación de Dios a adolescentes y jóvenes nos exige sensibilidad frente a la situación y capacidad para influir en el ambiente familiar, educativo y social. Es otra dimensión de la compleja realidad de la evangelización. Lo que se ha llamado evangelización de la cultura.

La evangelización de la cultura significa anunciar, sobre todo con el testimonio y la reflexión, el evangelio de Jesús en el seno de la cultura de cada día para sensibilizar a la experiencia cristiana, para abrir a la salvación de Dios la conciencia personal y colectiva de los hombres, la actividad en la que ellos están comprometidos, su vida y ambiente concretos (*Evangelii Nuntiandi*, n. 18). Dicho en otros términos, consiste en colocar bajo la luz de la fe el conjunto de la vida, con sus interpretaciones del mundo y con sus jerarquías axiológicas. Sería ofrecer una clave distinta y decisiva para la interpretación de la realidad y de la existencia concreta.

La otra cara de la moneda es la inculturación del evangelio, entendida como el proceso complejo por el que una comunidad cristiana hace comprensible, significativo y transformante el mensaje evangélico con las experiencias y categorías de su entorno cultural<sup>11</sup>. En 1984 Juan Pablo II expresaba con claridad la meta anhelada de este proceso: vivir la común fidelidad a la plena y única verdad de Jesucristo en una Iglesia que confiesa esa verdad desde las diversas perspectivas de diferentes culturas<sup>12</sup>.

La cuestión es cómo construir el puente entre el evangelio y la vida cotidiana, cómo descubrir los puntos de anclaje para el anuncio del mensaje de salvación en una sociedad secularizada y pluralista. Este análisis ha de hacerse sin maniqueísmos, sin actitudes hipercríticas, sin idealismos ingenuos, teniendo muy presente la complejidad de esta sociedad posmoderna y la tensión dialéctica que vive la Iglesia entre su pretensión de significatividad y relevancia sociales, y su deber de fidelidad a la propia identidad. La inculturación de la fe está sostenida por la ley de la encarnación: la renuncia a encarnarse en una cultura concreta supondría la inviabilidad histórica de la fe. Y un rechazo de la dimensión religiosa por parte de dicha cultura empobrecería decisivamente su horizonte de comprensión.

---

<sup>11</sup> Cf. PABLO VI, *Evangelii nuntiandi*, n. 63.

<sup>12</sup> Cf. JUAN PABLO II, *Discorso ai Cardinali e alla Curia Romana*, 21.12.1984, en *Insegnamenti di Giovanni Paolo II*, vol.VII, 2, Libreria Editrice Vaticana, Ciudad del Vaticano 1984, 1623-1625.

Un elemento decisivo de la evangelización de la cultura es *la educación*: este medio cultural, clave para la socialización de las nuevas generaciones, ha entrado en una profunda crisis, a la que aun no se le ve el final. Las familias se sienten desbordadas en su papel educativo, y la calle sustituye a los agentes tradicionales de socialización. En el mundo occidental se emprenden grandes reformas de los sistemas educativos para que puedan responder a las exigencias del presente, a la complejidad de los conocimientos y de los nuevos retos sociales, a las demandas de las familias, a los problemas acuciantes de la infancia, de la adolescencia y de la juventud en un mundo convulso y conflictivo. La meta de una educación integral se ve amenazada por prejuicios ideológicos, por falta de preparación en los educadores, por escasez de recursos personales y económicos. La Iglesia siempre ha defendido el papel primordial de la familia en la educación de los hijos y el valor fundamental de la escuela como ambiente donde el Evangelio ilumina la cultura y se da una eficaz integración entre el proceso educativo y el proceso de evangelización: educar evangelizando, evangelizar educando.

Pero la atmósfera educativa, más allá incluso de la estructura colegial, está poblada de desafíos. Resulta imprescindible instaurar un contexto educativo que haga posible la evangelización, por medio de una pastoral juvenil incisiva, con una explícita dimensión vocacional. En ese contexto educativo se ha de crear un ambiente en el que Dios aparezca como un valor central frente a los ídolos omnipresentes del dinero, del poder o del placer. Necesitamos que haya una apuesta educativa por la justicia y la libertad, que se dé una auténtica actitud de servicio hacia los jóvenes y sus familias, que los destinatarios perciban ya en el ambiente que el *ser* es más importante que el *tener*, y que el *compartir* es más humanizante que el *acaparar*, que se note que es posible una *acogida incondicional* de niños, adolescentes y jóvenes.

## **6. Y como conclusión: evangelizadores que se dejan evangelizar**

La evangelización como compromiso de una fe vivida nos exige una *profunda conciencia misionera*: sentirse enviados a la compleja realidad de hoy, con capacidad de comunicación y encuentro, recorriendo los senderos de la experiencia humana, para superar los obstáculos culturales, históricos, sociales y psicológicos que impiden a las personas de nuestra sociedad abrirse a la posibilidad de un encuentro con la experiencia de la salvación de Dios, en Jesús el Señor.

Al mismo tiempo hay que tener asumida vitalmente la propia originalidad creyente. La fe ha de ser anunciada en su integridad, sin acomodaciones o componendas. Por otro lado, resulta imprescindible una honesta *actitud de comprensión*, que implica cercanía afectiva, simpatía (en su sentido más original) hacia este mundo que Dios ama.

Desde la lucidez y desde la compasión habrá que intentar con paciencia descifrar las claves de la realidad contemporánea en sus dimensiones positivas y en sus aspectos degradantes. Hay que ser conscientes de la pluralidad de situaciones, de la diversidad de actitudes frente a la cuestión religiosa, y procurar crear los cauces más

adecuados para el anuncio de la fe. Y esto hoy no sería posible sin una auténtica *tolerancia*. Ésta no significa ausencia de compromiso, ni indiferencia, ni permisividad, ni un relativismo, en el que nada pueda ser afirmado como verdad objetiva. La tolerancia es primordialmente una actitud de respeto y de aceptación incondicional de todo ser humano, como dato previo a toda confrontación de opiniones.

No debemos contemplar la tolerancia como una dejación de principios o de contenidos ideológicos o doctrinales, sino como un valor ético, que nos urge al reconocimiento del otro en su alteridad original, al reconocimiento de sus convicciones, de su derecho a la búsqueda y a la duda, al reconocimiento de su verdad. Y esto es factible si no renunciamos a nuestras propias convicciones, a nuestra verdad cristiana.

Por eso hay que fomentar una *actitud de discernimiento*, para poder contrastar cuáles son los elementos culturales que pueden posibilitar la comprensión del Evangelio, y cuáles son las dificultades que bloquean el acceso a la fe. Supone sensibilidad para escudriñar los signos de los tiempos y para percibir la voluntad de Dios en nuestra historia, *capacidad de diálogo*, que es viable si se renuncia al autoritarismo, a la imposición y a la astucia, si se actúa con honestidad vital e intelectual, abandonando prejuicios y caricaturas, manteniéndose abierto a las aportaciones de los demás. Pero el diálogo no puede convertirse en un “dialogismo” que se complace en el juego de las contradicciones y de una dialéctica sin fin, confundiendo el medio con la meta, que es el hallazgo de la verdad. Dialogar es ponerse en camino por la historia, siendo conscientes de los desplazamientos culturales y de los condicionamientos sociales que influyen en la búsqueda de la verdad.

Y lo más decisivo: la evangelización será creíble si se apoya en *el testimonio* de quien evangeliza. Hemos de ser testigos de la salvación de Jesús con humildad, con autenticidad, en solidaridad con los que sufren en esta sociedad. El testimonio implica que la experiencia de la fe se ha hecho convicción profunda que ilumina nuestra existencia y la realidad que nos rodea, y esta convicción debe conducir a la coherencia de vida y a la credibilidad personal y comunitaria. Ser testigos de la misericordia compasiva de Jesús supone una clara actitud profética, acompañada de un esfuerzo continuo de conversión, sin olvidar que una ortopraxis consecuente tiene dos puntos de referencia: la ortodoxia de la fe y el grito de los desheredados y empobrecidos de nuestra sociedad.

Pero ser testigos de Jesús no se reduce simplemente a una praxis consecuente, a la coherencia o credibilidad de vida. Supone sobre todo y en primer lugar ser adoradores del Padre, conscientes de ser solo instrumentos del designio providencial de Dios. Es el Espíritu quien conforma nuestra interioridad, nuestra sensibilidad creyente, nuestra apertura al Misterio de Dios y al misterio del ser humano. Y esto es posible solo si nos dejamos guiar por medio de una oración personal y comunitaria, hecha de adoración y escucha, de silencio y búsqueda de la voluntad de Dios, una oración de acción de gracias que ilumina nuestra pobreza y sostiene nuestra esperanza, y que tiene su fuente y su centro en la eucaristía.

En la pastoral hemos de transmitir también valores, ofrecer sentido, dar luz en la vida cotidiana. Pero lo decisivo es la comunicación de la experiencia de la salvación de Dios. Y para que esto sea posible nosotros hemos de sentirnos sobre todo creyentes, hijos del Padre, guiados y sostenidos por el Espíritu de Jesús. Sin una relación personal con Dios, hecha de reconocimiento, de afecto, de apertura a su Palabra y de obediencia a su voluntad, no es posible evangelizar.

Pero no podemos ofrecer la imagen de que la evangelización sea una aventura individual. Es una tarea eclesial. Proponemos la fe de la Iglesia. Con actitud de acogida incondicional, con humildad nos sentimos enviados a los jóvenes por la Iglesia, y a ellos les mostramos el sentido de la comunidad para la fe: como ya hemos indicado más arriba, sin la Iglesia no sería posible acceder a la Palabra de Dios, celebrar los sacramentos de la salvación, discernir la presencia del Espíritu en la historia y en la sociedad.

La situación de complejidad social y de pluralismo ideológico, con la confusión en las escalas de valores, con los interrogantes sobre el sentido de la experiencia religiosa, con las graves dificultades para la socialización religiosa en la familia y en la escuela nos obligan también a un esfuerzo decidido de formación permanente, que arroje luz sobre el contexto en que vivimos, que nos facilite las competencias necesarias para la transmisión de la fe, y que nos abra los ojos sobre la necesidad personal de una espiritualidad cristiana, profunda, bien estructurada y convincente.

Y no debemos olvidar nunca que el criterio decisivo de toda evangelización será siempre *Jesús el Cristo*: Él es la salvación y el modelo insuperable de evangelizador. Él es el corazón de la identidad de la Iglesia y la razón más creíble de su relevancia pública. Él es el camino hacia un humanismo pleno, en una realidad que se nos antoja compleja e inabarcable. Él debe ser el criterio definitivo en el anuncio de la fe.